



UNIDOS ESCUCHANDO LA ENSEÑANZA DE LOS APOSTOLES Y EN LA ORACION COMUN

La asiduidad en la escucha de la doctrina transmitida por los responsables de la comunidad y la perseverancia en la oración común son, para el autor de los Hechos de los Apóstoles, dos características esenciales de la comunidad cristiana. Y estas características, como el conjunto del Nuevo Testamento, son normativas para la Iglesia de todos los tiempos. Compaginar, pues, este principio de identidad cristiana con las exigencias de nuestro tiempo y con las maneras de ver del cristiano de hoy, que se quiere responsable y libre en su fe, es una tarea importante; contribuir a su logro es lo que pretendemos hoy con nuestra Editorial, en la que vamos a tratar de un tema del que hay que confesar que, a veces, resulta difícil pronunciarse de una manera equilibrada, es decir, con fidelidad a la fe recibida y aperturismo en lo opinable.

Hoy se propugna por un amplio pluralismo teológico en el seno de la Iglesia; lograrlo es, sin duda, altamente positivo y enriquecedor; pero precisamente para que este pluralismo sea válido resulta aún más urgente ser firmes en la fidelidad a lo que constituye el núcleo doctrinal que la Iglesia ha recibido de su Señor. Una cosa es tener distintas miras en lo opinable, otra muy diferente opinar de manera diversa a lo que propone la Revelación cristiana. Si uno se opone a lo que se contiene en la Revelación deja, evidentemente, de formar parte de aquella comunidad que, de la misma forma que tiene "un solo Señor", tiene también "una sola fe" (Cf. Ef 4,5).

Bastaría recordar las urgentes amonestaciones a conservar íntegra la doctrina recibida, tal como se contienen en las cartas a Tito y a Timoteo, para convencerse de la importancia que tiene esta fidelidad radical a todo el mensaje.

Hoy se quiere también comprensión y respeto ante quienes religiosamente piensan de forma distinta a lo que cree la Iglesia católica; buen testimonio de como la Iglesia hace suya también esta comprensión son los decretos sobre ecumenismo y sobre las religiones no cristianas del Concilio Vaticano II. Pero también aquí una cosa es apertura y comprensión para quienes no piensan como nosotros y otra muy diferente sería querer formar parte de la comunidad católica y propugnar una doctrina distinta a la que, bajo el pastoreo de sus respectivos pastores, confiesa esta misma comunidad.

Hay que decir finalmente que nuestro tiempo está orgulloso de ser una época de exactitud científica: los numerosos estudios que, tanto en el campo de la Biblia como en el de la historia de la Iglesia o en las otras disciplinas teológicas se están realizando, dan buena prueba de como hoy se cuidan hasta los más mínimos detalles para ser exactos en cada una de las ramas del saber teológico. Pero por ello resulta precisamente más sorprendente —y hasta anacrónico— el hecho de que, cuando se trata de la acción pastoral, no se tema ante afirmaciones ambivalentes, incompletas o poco claras. Y hay que decir que, desgraciadamente, en el campo de la pastoral aplicada la exactitud doctrinal no siempre es hoy característica de todos los responsables de la misma y ello hasta tal punto que muchos incluso quizá tilden de quisquilloso a quien desea ser exacto en la manera de proponer el contenido exacto de la Revelación cristiana.

Hechos que reflejan como situaciones de parcialidad o incluso inexactitud doctrinal se dan hoy con relativa frecuencia es innegable; y ello hasta tal punto que, a veces, resulta difícil no verse obligado a manifestar el propio desacuerdo ante afirmaciones de las que, por más que estén escritas con una innegable buena voluntad, hay que decir que o bien son falsas en sí mismas o por lo menos dan pie a que el lector medio las interprete de manera doctrinalmente inadmisibles, en cuyo caso, si no falla la ortodoxia, sí que falla la más elemental pedagogía de la fe. Afirmar, por ejemplo,

que Dios nada desea tanto de los hombres como que entre ellos reine la justicia, la libertad y el amor, podría ser verdad si "justicia libertad y amor" se entendiese en su sentido bíblico, es decir, si se capta que la referida afirmación significa que Dios nada desea tanto de los hombres como que entre ellos reine la santidad o conformidad de la propia vida con el plan divino, la 'libertad' escatológica que nos libra del pecado y de la muerte, y el 'amor' del que habla Jesucristo en su doble vertiente de entrega a Dios y al prójimo como dos actitudes que, si bien están fuertemente entrelazadas, no dejan, con todo, de conservar su autonomía, pues quien dijo que el mayor precepto era amar a Dios, para que mejor se entendiera que este amor no se identifica totalmente con el amor al prójimo, añadió también que el 'segundo precepto' muy parecido pero distinto del primero, era amar al prójimo como a sí mismo.

P.F.